

DOCTRINA COOPERATIVA DE PEREZ PUJOL Y DE SANTA MARIA DE PAREDES

VAMOS a examinar la doctrina cooperativa de estos dos ilustres autores, gloria de la Universidad española, como botón de muestra de que la cooperación ni es neutra ni es marxista, como dicen algunos (1).

Interesa que fijemos el concepto de cooperación. De la definición del Diccionario de la Lengua se infiere que la cooperación es actividad de seres que pueden trazarse fines y cumplirlos. Y por ello es fundamentalmente actividad de seres humanos. La cooperación de manera primigenia se da también entre los minerales, las plantas y los animales; y puede decirse que es uno de los principios fundamentales de la biología y de la cosmología, al lado del principio de la lucha y la selección.

Pero no nos interesa aquí la cooperación en un sentido tan amplio, sino sólo como actividad de seres de fines, y por ello nos interesa la cooperación en cuanto el hombre la efectúa como portador de valores y no como animal de realidades.

(1) Existe ahora un movimiento organizado que tiende a demostrar que la cooperación española reconoce como único precursor a CERDÁ RICHART y que no hay otra doctrina cooperativa importante que la formulada por PUYAL, José Luis DEL ARCO y AMORÓS RICA, que son los únicos tres discípulos de CERDÁ RICHART que cuentan en el movimiento cooperativo actual. Esta postura es mantenida sobre todo por VELARDE FUERTES y FUENTES QUINTANA que forman parte del Consejo Técnico de Redacción de una Revista en que se pretende consagrar esta postura realmente equivocada.

La cooperación, como actividad de seres que tienen finalidades que cumplir, se da no sólo entre los hombres, sino también entre las entidades y entre las ideas. Y así se habla de cooperación del Estado al Municipio, de cooperación intelectual o de cooperación entre las clases sociales.

Parece ser que la voz «cooperar» se empezó a utilizar por vez primera en un sentido teológico. Como ya observó hace años Schmitt, siempre que se estudia a fondo cualquier concepto político o jurídico, nos encontramos como fondo subyacente un problema teológico. La palabra «cooperar» y la idea de la cooperación, como tantas otras, nace en la teología. En sentido teológico, cooperar es sinónimo de coadyuvar o ayudar, y supone una actividad por sí misma inoperante.

En sentido teológico utilizó la voz cooperar Bourdaloue, cuando decía: «Vosotros sois los ministros de la misericordia de Dios, sus cooperadores y coadjutores». Y también Pascal cuando hablaba del «cuerpo sometido y cooperador de sus voluntades» (de las del alma).

Adviértase, pues, que el primer sentido en que se utilizó el término cooperador o el verbo cooperar subrayaba en él su significado de ayuda, pero ayuda ineficaz por sí misma. Sin embargo, este primer sentido, como todos los primeros sentidos de todas las palabras, tienen un interés extraordinario, puesto que, realmente, cooperar es ayudar, y cuando se coopera con una finalidad de estorbar, realmente, la cooperación resulta muy extraña y contradictoria con su misma esencia.

Cooperar fué en su origen ayudar, y no debe dejar nunca de serlo, y es muy significativo que para muchas personas, y cuanto más incultas o poco cultivadas más se acercan a lo certero, cuando se les pregunta qué es cooperar dicen que significa ayudar, con lo cual se colocan muy cerca del sabio pensamiento paulino que dice *alter, alterius onera portate*.

La cooperación, en este sentido de ayuda ineficaz por sí misma, se utilizó también en el lenguaje médico, y desde el siglo XVI se habla en Medicina de causa cooperativa para señalar aquella que, sin intervenir otra, no podría producir la enfermedad.

En sentido teológico y médico es exacta la definición de lo coope-

rativo como *concursus cum alio principaliter agente*, expresión que hoy tiene plena validez en el Derecho penal (2).

La cooperación se muestra, pues, en sus principios como simple coadyuvancia o colaboración y actividad cooperativa es no otra cosa que una actividad por sí misma inoperante. Cabría pensar si la cooperación no ha sentido durante muchísimo tiempo el influjo de esta su significación prístina como lastre que le ha impedido desarrollarse y adquirir andadura y vuelo.

En el siglo XIX es cuando se empieza a utilizar la expresión cooperativa en sentido económico y social, aunque existe enorme variedad de acepciones.

En primer término, la cooperación no es, en esencia, sino una acción conjunta o un resultado del ineludible carácter social del ser humano. El hombre es, por definición, un animal socializado; la socialización del hombre, que para los cooperatistas constituye una meta o finalidad a conseguir, es, de otro lado, una realidad ineludible y primera de la que hay que partir para comprender al hombre en sí. En la medida en que el hombre es un animal de realidades aparece forzosamente como un animal socializado. Y en la medida en que el hombre es portador de valores, es una infinitésima porción de Dios. debè proponerse como meta la socialización de sus semejantes, ya que con ello dará cumplimiento al precepto de la caridad, la más alta expresión del espíritu de amor. Sólo mediante esta socialización se cumplirá el precepto que dice «... y al prójimo como a ti mismo»; pues en la segunda mitad del siglo XX no hay otra manera de amar a Dios sobre todas las cosas.

Para el hombre vivir es coexistir y la coexistencia humana no es quiescente, sino dinámica. Toda convivencia del hombre en sociedad es en alguna medida cooperación. Y de igual modo toda convivencia de entidades con fines propios en el ámbito nacional e internacional es asimismo cooperación.

En 1928, Gascón y Miramón decía que cooperación y cooperativa

(2) Con no sabemos qué piadosa intención muchos hablan sólo de la cooperación en sentido del Derecho penal o de la cooperación en la Italia fascista.

son una forma de asociación que persigue la satisfacción de alguna necesidad común a los asociados mediante el concierto de sus propias actividades, o sea por la acción conjunta de ellos en una obra común, y subrayaba estas tres circunstancias: a) La cooperación es el medio natural de defensa contra la opresión económica. b) Las cooperativas son escuelas prácticas de vida económica. c) La cooperación lucha construyendo y no destruyendo (acaso esto es lo malo de la cooperación).

Ortega y Gasset en una conferencia pronunciada en Bilbao en 1910, decía que la cooperación es comunidad de trabajo, pero no una comunidad exterior y sin sentido, sino que implica comunión de los espíritus y ha de tener un sentido para cuantos en ella colaboren.

Don Eduardo Pérez Pujol publicó en 1872 en Valencia un folleto titulado *La cuestión social en Valencia*, que viene a representar uno de los más valiosos y destacados estudios sobre cooperación española del pasado siglo, pues aunque otra cosa den a entender muchos, antes de que naciera Cerdá Richart ya había gentes en España que publicaban obras sobre cooperación.

No queremos extendernos en el detalle de las ideas de Pérez Pujol, pues han de ser objeto de un trabajo que tenemos preparado para el libro homenaje al Rector de la Universidad de Sevilla don Carlos García Oviedo, con motivo de su jubilación a primeros de 1954. Nuestro trabajo lleva por título *Dos cooperatistas ignorados: Pérez Pujol y Gascón y Miramón*.

Ahora se está extendiendo mucho la creencia de que la cooperación es una pobre idea de pobres gentes y que sólo puede dar pobres resultados (3). Los cooperatistas han sido siempre gentes insignificantes, y sólo cuando Cerdá Richart, profesor mercantil, y luego Puyal desde su cargo de ingeniero, o Del Arco, o Amorós (nada menos que como notario e inspector del Timbre, respectivamente), se han ocupado de la cooperación, es cuando ésta ha venido a ser algo importante. Sinceramente, que nuestros autores han llegado a esta creencia a partir de su radical ignorancia. Es interesante que se sepa que hombres como

(3) Más recientemente AMORÓS confunde cooperación con monopolio y VELARDE FUERTES, sigue sin querer hablar para nada de cooperación.

Pérez Pujol, García Alix, González Besada, Piernas Hurtado, Severino Aznar, Gómez Cano, Santamaría de Paredes, han sido cooperatistas. Y que la pura verdad es que la doctrina cooperativa española no se ha enriquecido nada, sino más bien se ha visto disminuída y confundida por las últimas publicaciones de Amorós, Del Arco y Velarde Fuertes.

La cooperación no es una utopía quimérica, sino una realidad que se va imponiendo, mal que pese a la ignorancia de unos y a la mala fe de otros.

Pérez Pujol es interesante por el influjo que ejerció sobre el Padre Antonio Vicent, figura cumbre del cooperatismo católico, y que por ser hombre de fe y de caridad no fué nunca exclusivista ni agresivo y sólo arremetía contra las dos lacras que un cooperatista no puede nunca tolerar: la ignorancia y la mala fe.

El P. Antonio Vicent, como Pérez Pujol, como Fernando Garrido y como tantos otros, fué un cooperatista de verdad. Y los cooperatistas saben que el espíritu cooperario no es una frase hueca, sino algo que tiene encarnadura en la realidad. «Obras son amores y no buenas razones»; «a Dios rogando y con el mazo dando», son dos refranes españoles que expresan muy bien la idea central de lo cooperativo. Lo cooperativo supone autoayuda, la confianza en el propio esfuerzo, la renuncia a la zancadilla, la recomendación y el engolamiento. Lo cooperativo se expresa maravillosamente en ese brocardo que aparece en el Panchatantra, de que «sólo puede decirse que vive aquel cuya vida sostiene la de otros muchos».

Los cooperatistas han sido siempre hombres de buena voluntad, exteriormente podrían aparecer como pobres gentes, puesto que su única preocupación fué el estudio y no hacer daño a nadie. La contrafigura del cooperatista es «el intelectual de asalto», los jóvenes iconoclastas llenos de ímpetu para destruir y carentes de brío para el esfuerzo cotidiano y anónimo de construir.

Don Vicente Santamaría de Paredes no fué sólo una gloria del Dereché político y administrativo de España, sino al propio tiempo uno de los más destacados cooperatistas de la primera mitad del siglo xx.

En 1905, los señores Salvá y Santamaría de Paredes se ocuparon

en la Academia de Ciencias Morales y Políticas de la siguiente cuestión: «Las sociedades cooperativas ¿pueden conseguir que se resuelva la cuestión del salario y que éste desaparezca?».

Sabido es que así como la cooperación de consumo tiende a suscitar unas condiciones económicas en las que el intermediario se reduzca a su justo papel, la cooperación de producción se propone lograr una mayor armonía entre los dos sectores (capital y trabajo) de la empresa. Los cooperatistas al uso actual dirían en seguida que la cooperación de consumo quiere suprimir al intermediario y que la cooperación de producción quiere suprimir al empresario. Pero leyendo a Santamaría de Paredes, como leyendo a cualquiera de los clásicos de la cooperación española, se da uno cuenta de que no es cierto que la cooperación sea una actividad supresora o eliminadora. Lo que la cooperación quiere es armonizar y, por lo tanto, no busca que se suprima el salario, pero sí que el salario deje de ser insuficiente y que no se otorgue como una limosna. En este punto concreto, la obra de don Severino Aznar es decisiva.

En 1893 don Vicente Santamaría de Paredes ingresó en la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Su discurso versó acerca de «El movimiento obrero contemporáneo; su exposición históricodoc-trinal; crítica de las ideas económicas en que se apoya; examen de las causas que la han producido y enumeración de las soluciones que son compatibles con la misión del Estado».

En 1896 el conde de Santamaría de Paredes leyó un trabajo sobre «El concepto de organismo social».

En todas estas obras, don Vicente Santamaría de Paredes formulaba conceptos cooperativos que se apartan en gran medida de los que actualmente sostienen Amorós, Del Arco y Fuentes Quintana (4). A los jóvenes que actualmente sientan afición por los estudios de cooperación, será interesante recordarles que no es cierto que la historia de la cooperación española arranque de 1939, que ya antes hubo cooperatistas, y que si Salas Antón, Rivas Moreno o Gascón y Miramón pueden acaso ser calificados de pobres gentes por la enorme modestia de

(4) Recientemente, PEDRO RICO RUANO ha reclamado el honor de ser el paladín del antiooperatismo; su ídolo es CROMMWELL, putitano y antiespañol.

su vida y por la gran cantidad de hijos que todos ellos engendraron (pues para muchos jóvenes actuales padre de muchos hijos es sinónimo de «pobre gente»), sepan al menos que hubo personalidades tan destacadas en la Universidad española como Pérez Pujol, Santamaría de Paredes y Piernas Hurtado, y ministros de Hacienda como García Alix, González Besada, Laureano Figuerola y Manuel Pedregal, que figuran entre los más destacados precursores de la cooperación española.

Los cooperatistas, contra lo que muchos creen, no se distinguen por su pobreza de espíritu, y ni siquiera por su espíritu de pobreza. Acaso, sí, espíritu de sacrificio. Y sobre todo saben que es necesario conocer las cosas para amarlas, y que quien las ama de verdad ya por eso las conoce, siquiera sea en la forma rudimentaria. Pero no podrán nunca inteligir quienes tienen en las dos puertas del alma echados los cerrojos del egoísmo y la vanidad.

JUAN GASCÓN

